

duce, enlazadas por la cintura, al encuentro de los dos hombres que sueñan allá abajo, pronunciando mentalmente sus nombres, escribiéndolos sobre arena de oro que la alta marea cubrirá.



CAPITULO III

ES humilde la casa, edificada sobre una calleja que linda con el campo. Llégase a los muros por un huertecillo donde las urgencias del vivir no dan cuartel al jardineo. Coles, patatas y judías son principal ornamento en aquella verdura. Sólo frente a la puerta se descubren planteles de rosas, de margaritas y geranios. Las rosas murieron a los rayos de Julio. Las margaritas se abren tímidas, inclinándose ante el aire que las acaricia en señor. Los geranios, de encendido matiz, cabecean gallardos, con

vanidad de buenos mozos. Ancho emparrado sirve de toldo al portalón.

Los muros se desconchan sin que el revoque acuda en auxilio de su vejez; las ventanas, desencuadradas, chirrían por sus grietas, al menor envite del viento; algún que otro vidrio tapa sus roturas con un remiendo de papel. Por las ventanas se descubre el mar y encima de éste unos prados minúsculos donde florece la hierba y se grana el maíz.

Recurso único de existencia son la casita y los prados y el huertecillo para doña Mercedes. Cortos fueran ellos a las precisas atenciones, si madre e hijas no se ayudaran con el trabajo de sus manos. Cosen para los ricachos del pueblo y, a cambio de ímproba labor y de más ímprobos humillaciones van ganando su mezquino vivir.

A tal extremo de penuria las trajo la enfermedad y la muerte del padre.

Allá, en Madrid, conoció doña Mercedes al joven escritor y unió la

hermosura de ella a las esperanzas del artista. Brava fué la pelea y sin miedo la soportaron uno y otro; jóvenes eran; había en la mujer bastante dulzura para suavizar las asperezas de la brega, bastante energía para proseguirla en el hombre. La prosiguieron entre privaciones y caricias. Al término tocaban; ya iban a convertirse las promesas en realidades de caudal y de gloria, cuando la parálisis descargó en el artista su mazazo brutal y lo dejó muerto en vida, impotente e inútil.

¡Pobres ahorros los hechos por la desdichada mujer! En pocos meses acabaron; en menos se agotó el producto de las obras, aún no consagradas, del artista. Al cabo de un año los auxilios materiales y morales faltaron. Pronto se olvida en la existencia a quien no es en ella factor; pronto olvidaron todos aquel cuerpo rendido contra una butaca en espera de definitiva sepultura.

Con ojos tristes contemplaba Ramírez desde la butaca inquisitorial a sus hijas.

Diez años contaba Dolores; en los doce frisaba Julia. Dos porvenires rotos en capullo por una traición de la suerte.

El poeta, contando con la posesión del futuro, quiso educarlas en un ambiente de arte y libertad. Haría de ellas mujeres dignas de este nombre; nutriría sus cerebros y vigorizaría sus músculos, para que no fuesen anémicas de cuerpo y de alma, seres enfermizos sin defensa contra la vida.

Así pensó y así, al lado suyo, sin más directores espirituales que la bondad materna y los ejemplos y advertencias del padre, fueron creciendo las dos niñas, en un ambiente de par en par abierto a las fantasías de la imaginación y a la independencia del espíritu.

Todo vino abajo. Las que empezaban a educarse para mujeres dueñas de sí propias, libres de conciencia y de voluntad, porque serían capaces de vivir sin auxilio ajeno, tuvieron que torcer el rumbo. La enfermedad del padre llévalas a la

aldea en busca de refugio, contra la miseria. La muerte del artista las amarró definitivamente. En aquel medio ruín, en aquel rincón egoísta se enterraron, con el hombre que dejaba de ser, las venturas de la esposa y el porvenir de sus dos hijas.

La pequeña, más dulce, con menos raíces en la vida anterior, plegóse tímidamente al vivir aldeano, al ser cosa aparte en aquel mundo donde por su condición señorial no podían ganarse el afecto de los humildes, donde por su pobreza no eran recibidas en el círculo de los pudientes. Julia se plegaba también; pero se plegaba recogiendo sobre sí misma, más pronta al encrespamiento de la rebeldía, que al recogimiento de la resignación.

Y es que ella, entrábase por el mocerío cuando le arrancaron de Madrid.

Aquella habitación-estudio de Ramirez, donde tantas veces le contempló frente a las cuartillas, soñando en voz alta, dialogando con las imágenes de sus poemas; aquel

mundo de artistas que por la habitación-estudio pasaba como una ráfaga de aire tormentoso y alegre; aquellas ideas valientes, heterodoxas, enemigas del credo social en vigor que los artistas sustentaban, habíalas ella vivido. Hasta en una ocasión sintió la voz del arte dentro de sus nervios; sus manos de dedos ágiles y agudos, cogieron la pluma del maestro y borronearon sobre un papel versos, el principio de una historia de amor.

¡Cuanto rió el padre con aquel balbuceo de un alma infantil abriéndose a la luz de la poesía! ¡No está mal! ¡No está mal!—dijo golpeando cariñosamente la mejilla de su criatura.—Pero aún no es tiempo de crear. Oye y ve.

Ya ni aún ver y oír. En el largo invierno aldeano, siempre el paisaje cenizoso, siempre el mar encrespado, siempre el sol asomando, cuando asoma, lívido y sin calor por entre dos nubes o neblinas.

Por su casa ¿quién iba a pasar? Algún pescador que traía a reven-

derles su redada; algún acreedor que les presentaba una cuenta; alguna señorita que venía a probarse un vestido y les hablaba sin mirarlas, poniendo defectos a todo, haciendo mohines desdeñosos.

¡En lo que toca a hombres! Del mal en menos, los marineros que todavía encontraban en su zafio diccionario amoroso requiebros donde palpitaba la admiración noble del macho ante la belleza de la hembra.

Peor eran los señoritos. En sus flores había olor de compra, y había calor repugnante de lujuria en los golpecitos paternales que los hombres maduros les daban en sus mejillas frescas. Y, aunque fuera otra la intención, y no lo era, aquella gente ruín de aspecto, tosca de alma, no servía el realizar los ensueños de una criatura moldeada como pan de arte por los afanes de un poeta.

¡Cuántas, cuántas veces, luego de una de sus luchas por el pan cotidiano, luego de los desdenes con que la obsequiaban las ricachas; luego de sufrir en el cortejo de un

galán la afrenta de una esclava que los mercaderes cotizan, se encerraba Julia en el cuartito donde tenía su madre, como en tabernáculo, los recuerdos del artista que fué, y se encaraba con el retrato de su padre convirtiendo en interrogante doloroso sus ojos azules y sombríos!

Obra maestra de un gran pintor era aquel retrato, que no quiso vender la viuda ni en sus épocas de mayor escasez.

Por el cuello abierto de una camisa sin planchar, salía, en arrogante desaliño, la cabeza noble del poeta. Sus ojos parecían buscar en el espacio la leyenda inmortalizadora, sus labios se contraían entre sonrientes y nerviosos; la frente resplandecía con soberana luz, bajo el cabello desordenado y corto; la barba firme, algo vuelta hacia arriba, avanzaba sobre el cuello robusto, en ademán de reto.

El fondo, de un gris azulado en las cercanías del rostro, iba obscureciéndose poco a poco hasta convertirse en tiniebla.

Frente al retrato del artista tomaba asiento Julia durante sus horas de dolor; allí acudía a buscarla su hermana, la tierna criatura de los cabellos rubios y los ojos humildes.

Allí se juntaban contemplando silenciosamente lo que había quedado del muerto. Algunas coronas marchitas con cintajos llenos de motes rimbombantes, dos tomos, colección de sus obras, encuadradas lujosamente, y una mesa, la suya, formada por un solo tablero que se apoyaba sobre dos barrotes en tijera.

Tras la mesa triunfaba un sillón de cuero de Córdoba, labrado por artífices del XVII. En él dejaba caer la cabeza el poeta cuando la labor le rendía o le solicitaba el ensoñar de ojos abiertos, que precede a la producción.

Aun había otra joya en el humilde relicario: un barro delicioso; un primer de finura y delicadeza: dos cabezas de niña con las caras juntas y los cabellos revueltos por un beso del aire. Aquel barro, donde sonreían dos ángeles, era el pasado de Do-

lores y Julia ofreciéndose como una ironía ante los valientes ojos del muerto.

Era aquella habitación refugio de la madre y las hijas en sus horas de amargura y desfallecimiento, oratorio donde acudían para hacer del recuerdo plegaria; y era el jardinillo oasis en la jornada monótona y prosaica de su existir.



CAPITULO IV

DRENTE al jardín platicaban las dos hermanas bajo el ancho emparrado que ya comenzaba a granar, cuando se abrió la cancela del muro cediendo paso a *la Cantora* que traía sobre su cabeza un cesto de pescado.

Llevaba la falda a media pierna, remangados los brazos y en chanclos los pies.

Fresca y sana, la criatura montañesa dejaba caer las greñas sobre su cutis requemado por el aire y el sol. Por la chambra de percal entreabierto, descubriáanse los arranques

UNIVERSIDAD DE MEXICO
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 DE LA HISTORIA Y GEOGRAFIA
 DE LA AMERICA LATINA
 MEXICO, D.F. 1950

del pecho, blanco, palpitante bajo la tela sucia. Un delantalón se amarraba a su talle, dejando al libre las caderas redondas; con bravo dibujo afirmábanse las piernas en los pies deshechurados y callosos.

Diez y siete años cuenta *la Cantora*, así llamada por su bien entonada voz, y por ser ella quien lleva la copla en el baile dominguero y en las romerías. Hija es de pescadores; siete hermanos tiene entre hembras y machos, todos ellos, con añadidura la madre, sometidos a la férula de un padre borrachón que sólo va a la mar cuando el día está bueno y gasta en las siete tabernas que ornamentan el lugarejo, las ganancias traídas a la casuca por su mujer y por sus críos.

La muchacha vende por los pueblos del alrededor la pesca que cogen sus hermanos, y es cortejo de Güiro, con gran disgusto de los padres.

Tiene *la Cantora* grandes atractivos en su trato y es de cuantas mozas pescadoras existen en la aldea, quien mejores migas hace con

Julia y con Dolores. Rara es la tarde que no aporta por la casa de ellas a contarles sus cuitas o sus alegrías; y aun a murmurar unas miajas, que la murmuración constituye necesidad en las aldeas y nadie escapa a su dominio.

Hoy la traen cosas propias. El padre ha cogido la mona con el tragueo de las once, y porque al medio día vióla platicando con Güiro en el soportal de la Cabaña, arreóle un sopapo de los de cuello vuelto que la hizo ver las estrellas a pleno rayear de sol.

A secundar iba el puñetazo; pero no lo pudo conseguir; Güiro se interpuso y a poco si la emprende con el borrachón. Ella no lo hubiera impedido, que aun le escocía el golpe; impidiéronlo otros vecinos. El su padre, marchóse jurándoselas a los dos, y Güiro mordiéndose los labios y apretando los puños.

—Ya ves tú—dice la marinera a Julia.—Ya ves tú, si es bestia el padre mío. A la cuenta suya que no he de cortejar con Güiro y a mi cuenta

que el cortejo no ha de rematarse por más trompadas que me arrimen. ¡Vaya con los padruco! ¿Quién va a ser novia? ¿Ellos o yo? Yo. ¿Quién va a sufrir lo malo que venga? ¿Ellos o yo? Yo. Pues entonces, que se metan en sus quehaceres y me dejen el cuidado de los míos.

A una pregunta que hace Dolores sobre los preparativos de las fiestas, el rostro de *la Cantora* muda su expresión enfurruñada y tórnase alegre como castañuelas prontas a repicar.

—Tal, que nunca vióse de maja, la vamos a tener;—responde—y que el cielo ayuda. Fijóse el buen tiempo y de seguro no cambia en ocho días. Pasado mañana se escomienzan. ¿No pasasteis hoy por la plaza?

—No — contestó Dolores — de la playa vinimos a casa, por el puente.

—Dende el amanecer están en la plaza dale que te le das, arreglándolo tó. En la calle larga, mesmamente lo mismo. Allá, sobre el farolón, armaron un tablao pa los músicos que vienen del propio San-

tander. Pagáos y comíos que vienen; no vos vayáis a presumir que nos entran de gratis.

—Rumboso está el ayuntamiento.

—¡Como hay tantos forasteros, quieren darles gusto pa que retornen el verano que viene! Y retornarán. De algunos me sé yo que retornarían manque no hubiese fiestas. ¿Verdad, vosotras dos que sí?

—Déjate de tontunas y sigue hablando de la fiesta.

—¡Tontunas! ¡Tontunas! Pues que ¿no se vé que están los hombres por el querer de vosotras dos y que a vosotras dos no sos güele el querer de ellos a podrío? En fin, cá cual con sus lances. Y ellos lo merecen. No resultan como los señoritos de la aldea o como los otros señoritos veraneantes. ¡Los veraneantes!... Fuera parte que los de Madrid tienen la piel más fina y los zapatos más lustrosos, allá se van. ¡En cambio, don Alberto y don Enrique!... A los principios nos chocaban, porque son muy extravagantes; pero muéstranse cariñosos y no desprecian a los po-

bres y hablan razones muy chistosas y, vaya, que nos hemos hecho a ellos tós. Tós los pobres, ¿eh? Los ricos los miran de mal ojo. El único que les oye embelesao es Gundemaro, el secretario. Como él sabe de las cosas antiguas y de los libros, claro está, se entienden. En lo que toca a buenos mozos no hay pero que ponerles.

—¡Quieres dejarte de chismorreos, charlatana, y seguir contando los preparativos de la fiesta!

—Verás. Al lao acá, según se marcha pa la fonda, pondrán el kiosco ese de la rifa. A dos reales la papeleta y el produto pa los pescaores cuando nos vengan las apreturas del invierno. Muchas cosas hay, que las mandaron de muchos laos de la provincia. Dicen que don Alberto le ha hecho a Güiro un retrato que está hablando el bestiazo de él. Darán las papeletas las señorítingas. ¿A vosotras no sos han invitao?

—¡A nosotras!... Olvidas que nosotras somos pobres también.

—Pero sois señoritas.

—Para ti, *Cantora*; para ellos menos todavía que tú.

Julia sonríe tristemente cuando pronuncia estas palabras.

—En la calle larga—sigue diciendo *la Cantora*—pondrán las tribunas pa carreras de cintas. Habrálas este año de caballos y de bicicletas. ¿Tampoco os dieron invitaciones pa las tribunas?

—Tampoco.—¿Y cómo no, siendo ella cosa del alcalde? ¿No es vuestro pariente, el alcalde? ¡Bien cariñoso anda con vosotras! Sobre tó con Julia. No pasas por junto a él que no te acaricie la cara. Cierto, que lo hace con toas las mozucas. A mí también dame golpes en los carrillos. ¡Y yo no soy pariente suya! ¡Qué cosca está el viejo! ¡La que fie de él y de sus arrumacos tontonaza será! Algunas caen; luego... En fin. No murmuro que la hambre es mala y a lo mejor por un cacho de borona véndese una al demonio.

—¡Al demonio!... ¡Siquiera fuesen demonios los que explotan la miseria de las mujeres—interrumpe Ju-

lia.—El demonio es bello; Seduce, no compra.

—Lléveme el demonio que mientas, si comprendo los tus decires. Tornando a las fiestas, a más de lo contao vamos a tener, como sabéis vosotras, cucañas en el puerto y regata de traineras; y regatas de tinas que son pa esternillarse. ¡Aún hay otra cosa! Esta si la ignoráis. Se ha improvisao a la mañana por el señorío

—¿Qué es ello?—pregunta Dolores.

—Baile en el salón grande de la fonda. Un... un... ¿Cómo le llamaban en cá de Gertrudis, ande le oí mentar cuando estuve a llevarle cuatro docenas de gibiones? Un...

—¿Cotillón?—interroga Julia.

—Justo. Cotillón. ¡Si vierais qué de trajes revolvía Gertrudis! ¡Cómo es la rica del lugar! ¡Tan rica como fea! ¡Y cuidao que, como fea, lo es! Ya pué hacerse una careta con billetes de banco si quié que el novio no agomite la noche de sus boas. También revolvía trajes en su casa la Feliciano. ¡Qué de colorines!.. La pobre entoavía no se ha enterao de

que cumple los sesenta, y sigue dándose las de polla. ¡Valiente polla! Gallina es; y de las que acabaron de poner huevos. ¿Al cotillón, sí iréis?

—Tampoco.

—¡Qué demonio!... Hay que divertirse ya que vienen las fiestas y nos manda sol el verano. Aluego llegan los inviernos. Ya sabéis, ya sabéis por experencia propia lo que son los inviernos. ¡Agua y más agua!... ¡Hambre y más hambre pa los pobres! Ea, con Dios. Ahí sus dejo la rabalisa y voyme camino de Pesués. Al nohecer retorno. Y hablaré con Güiro; y si padre pégame otra paliza, lo hablao no me lo arranca con la piel.

Dolores coge la fuente donde platea la rabalisa y entra en la casa. *La Cantora* sale del huerto por la cancela del potillo y Julia queda en el jardín pensando en el invierno que pronto ha de venir, monótono, lagrimeante, sin más distracciones para ella que el chas, chas del agua sobre los cristales, acompañando el tric-trac-tric-trac de su máquina de coser.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V

DRAS cinco años desesperantes, llenos por todas las miserias del ambiente aldeano, fué para Dolores y Julia, como día de sol, en los diciembres montañeses, el arribo de los artistas.

Era el mundo de antes, el suyo, que por arte mágico entraba triunfador en la aldea; y fué casi de golpe, al primer encuentro, al primer cambio de palabras, como se estableció la simpatía entre aquellas juventudes reunidas bajo un rayo de luz junto a la espuma de las olas.

Gundemaro, el secretario del

Ayuntamiento, que peinaba en la cara barbas de bandido, y tenía en el espíritu repulgos y timideces de novicia, hizo a doña Mercedes la presentación del pintor, que ganó primera medalla de oro en la exposición última y del músico que recorría Europa en conquista, esgrimiendo como arma de victoria el arco de su incomparable violín.

Aficionado a todas las obras artísticas, siempre y cuando ellas remontaran su período de ejecución por lo menos al siglo XVII, era Gundemaro un arqueólogo modesto, no desprovisto de sapiencia, con sus ribetes de pedante y su fondo de hombre de bien.

Mucho había leído. En libros rancios y cachivaches medioevales, consumía los gajes del Concejo, amén de una rentita que le dejaron por herencia. Gastaba su miaja de museo donde lucían cuantas antiguallas pudo recoger en los rincones y subsuelos de *Mérina augusta* (así llamaron a aquella aldea los romanos); y con sus museos, sus libros,

sus fragmentos de música religiosa española, que tocaba durante los ocios en un armonium de su propiedad, vivía feliz el secretario.

Hecho fué *ad hoc* para coronista de reyes el buen hombre; más para secretario de Arzobispo o de Cardenal; pero nació en mala época y es de lamentar que ocurriese tarde el natalicio. Hubiera sido excelente paje de Ilustrísima o Emi-nencia, dadas sus aficiones personales y artísticas, y aun con traje talar andaría de perlas: el contorno femenino de sus ancas prestábase mejor a la falda que a los pantalones.

En cuanto supo Gundemaro que dos artistas aportaban a las playas de *Mérina augusta*, cayó sobre ellos e hízose rodrigón de sus excursiones. No hubo piedra que les dejara de historiar, descripción de monumentos que no les hiciera y discurso de los embotellados durante su ya no breve existir, que no volcara en orejas de los veraniegos ilustres.

Estos, que pronto calaron las excelentes condiciones del tipo, aco-

giéronle a su amistad, perdonando sus majaderías en obsequio a sus vetas de artista y a sus relieves de erudito. Era de ver con cuánto orgullo se ufanaba de tales amigos entre los notables del pueblo el barbudo infantil!

¡A cualquier hora soltaba Gundemaro a los jóvenes, como estos no le dieran políticamente a entender que les hacía estorbo! Escudero suyo juróse; escudereándolos tropezó con doña Mercedes y sus hijas y realizóse la presentación.

Ayudó a la intimidación, casi, casi inmediata de los forasteros con las damas, el no ser para ellos desconocido, sino respetado, el nombre de Ramírez. Admirábanle, sabían de memoria sus versos. Haciendo doña Mercedes esfuerzos de memoria, recordó que diez o doce años atrás, había visto a los dos jóvenes, mal trajeados y en primeras barbas entonces, acudir al despacho estudio de Ramírez, para recibir de su boca la enhorabuena por los primeros triunfos.

Recordaron ellos también, rejuvenecidos y alegres, aquella su entrada en el mundo oficial del arte; aquella primera hoja de laurel ofrecida para su futura corona, por la bondadosa admiración del muerto; al recordarlo, evocaron la dulce imagen de dos niñas que pasaban y repasaban por el estudio como dos auroras, entre el humo de los cigarrillos y las pipas.

Eran estas niñas del recuerdo las dos jóvenes de hoy. Al cabo de diez años volvían a encontrarse ellos y ellas sobre una playa del Cantábrico, a la hora dulce del crepúsculo, envueltos por las gasas ténues que subían como un incienso de las olas hacia la hostia solar.

Volvían a encontrarse, los hombres triunfadores, mostrando las satisfacciones del éxito con el resplandor altivo de sus ojos y los sufrimientos de la pelea en las prematuras arrugas, en las canas que comenzaban a platear sus cabellos en el pliegue amargo de sus bocas; las mujeres vencidas por un

golpe de la fatalidad, sepultadas en los rincones de una aldea, para no ser más que insignificantes criaturas de pobreza y olvido.

Un día tras otro se repitieron los encuentros, afirmándose a cada uno de ellos la intimidación. Por ley inevitable de juventud fué tornándose la amistad afición amorosa, aun no traducida en palabras, clara y parlanchina, no obstante, en el llamear de los ojos.

El músico, hecho a las espiritualidades de su arte, que busca en el sonido la esencia de los seres y el espíritu de las cosas, guió su inclinación a Dolores, pálida, rubia, melancólica, casi inmaterial por la armónica delgadez de su imagen, por la idealidad de su contorno que parecía transparentar el alma, como las criaturas inmortales del Greco.

El pintor, más pagano, más enamorado de la forma, de la vida hecha líneas y luz, inclinóse hacia Julia, alta y fuerte como la Juno homérica, escultural como la Venus surgida de los mares para gloria del

praxistélico cincel. Atraíanle aquellos ojos sombriamente azules donde relampagueaban la energía y la independencia; aquellos labios voluntariosos entre los cuales sería el beso, cuando lo modelaran, merced y no entrega; aquella cabellera broncea que se redondeaba sobre el rostro pálido y oval como un casco guerrero, aquel espíritu que se abría consciente a todos los ensueños del arte, a todas las auroras de la humanidad porvenir.

El también era un anticipo del futuro, un mal avenido con las rutinas y conveniencias de esta sociedad burguesa e hipócrita que hace rebano de los hombres y apaisa las conciencias, como si cada individuo no fuera uno y diverso; como, si por serlo, no debiera cada individuo regirse según la condición de su alma y la mecánica de su organismo.

Bien notaba doña Mercedes la inclinación de sus hijas por Alberto y Enrique; y bien comprendía que tales inclinaciones no podían convertirse en realidad venturosa; pero

eran los jóvenes modelos de respeto; eran las muchachas virtuosas en el noble y alto sentido de la frase, y no había razón para oponerse a la amistad.

No faltaron advertencias por parte de la madre a las hijas, hechas con tino y discreción. Pero de ahí no pasaba. ¿A qué privarlas de unos meses felices? Pronto se irían los viajeros. Si la dicha que ellos proporcionaban con su trato a las jóvenes traía el dolor de una separación, dejaría en cambio un recuerdo grato para los días del invierno, un rayo de luz para las negruras del diario vivir.

¡Ilusión! Realidad de los que no deben encontrarla venturosa en el mundo. ¡Mientras duras, verdad parece!,... Como los sueños eres. ¿A qué despertar a quien sueña? No hace falta. Sin buscarlo llega el despertar. Así pensaba doña Mercedes, que no en balde vivió del amor de un poeta.

No vale decir, porque dicho está, si con tal motivo murmuraron a las

muchachas en la aldea. A las mujeres eso de que unas pobretonas mereciesen preferencia de dos buenos mozos que a más eran en Madrid personajes, poníanlas en punto de rabia; y los hombres, al recelo de que se llevaran uñas de ajeno peñascal las presas que contaban seguras con el auxilio de los inviernos largos y de los escasos posibles, rabiaban también.

—¡Ah, las necias, acudiendo al espejuelo de aquellos señoritos como deslumbradas alondras!... Ya verían, ya verían cuando el septiembre apareciese, como les caían por tierra los palos del sombrero y quedábanse papando aire. ¡Ya verían ellas, tan asiduas con los forasteros y tan esquivas con los mozos ricos que podrían cambiarles sus caricias y rendimientos, por buenos duros y billetes!

—Quienes siempre fueron ariscas al reclamo de los donjuanes aldeanos, acudían ahora al de los veraniegos, que a la cuenta Dios sabe como serían ellos y de qué vivirían en aquel Madrid!... El diablo con las

mozas; ¡y el diablo con ellos que venían a robarles sus naturales tributarias!

Este era el hablar de los hombres; todo volvíase en ellos miradas de reojo y chistes groseros repetidos entre bajo y alto cuando las jóvenes pasaban con Alberto y Enrique por junto a las mesas del café.

Aún peor tomaban el caso las mujeres. La casa de Gertrudis era inquisición para la honra de Dolores y Julia. No escapaba de tormento la madre. Ella con sus complacencias y debilidades ayudaba a la perdición de sus hijas.

—¡Vaya con las niñas!—exclamaba Gertrudis.—¡Muertas de hambre que sin nosotras no podrían comer, haciéndose las señoritas y refregándonos por las narices el cortejo! ¡Ya verán; ya verán; no es cosa de que toleremos su falta de vergüenza!... ¡Siempre con los artistas! ¡Más les valiera trabajar para abonar en casa de mi padre la cuenta que tienen por el atraso de los comestibles! ¿Y ellos?... ¿Quién serán ellos? Ar-

tistas. ¿Sabéis? ¡Gentuza que no tiene ayer ni mañana! ¡Locos! Más que locos, borrachos y mujeriegos y jugadores, dejados de la mano santa de Dios.

Gertrudis al repetir éstas o parecidas frases en el corro de las que pechaban a su caudal, erguía el cuerpecillo giboso y contraía la cara chata y relampagueaba con sus ojillos tomateros y fruncía su boca de dientes amarillos.

—¡Jesús! ¡Jesús! —refunfuñaba Florentina, la moza de los setenta Abriles.—¡Que tales cosas vea una y que tan sin pudor platiquen las señoritas con los caballeros, yendo mano a mano por esos prados y rocajes. Bueno está el mirarlos desde el balcón y el decirles amor con suspiros y cartas. De ahí no debe pasarse, hasta que el casorio se formaliza. Yo nunca pasé y nunca pasaré por mucho que me insten los galanes.

Y Florentina, peniendo los ojos en blanco, hacía un mohín púdico.

—Ya paró mientes en el escándalo el señor cura—gruñía Dorotea, sol-

tera oficial que pasa de los cuarenta años y hace veinte sirve a todos los menesteres y necesidades del vicario—ya paró mientes en el proceder suyo y lo lleva muy a mal, pero, muy a mal. Es ir derechitas a la perdición. Por supuesto, que la madre tiene la culpa.

Entre murmuraciones y calumnias y chismorreos, transcurrió el mes primero de la estancia hecha en Mérida por los artistas; y subió de punto la indignación cierto día en que Alberto se franqueó ante un corro de damas y galanes donde le llevaron los afanes presentatorios del inocente Gundemaro.

Hablábase del matrimonio y alguien preguntó a Alberto sus opiniones en tan debatida materia.

Alberto, sin andarse con circunloquios, dijo, que el matrimonio, la unión del varón y hembra, tal como al presente se halla establecida, es contrario a la misma naturaleza del amor.

—¡Cómo! — gritaron seis o siete voces a un tiempo.

—Como lo digo—añadió Alberto.— El amar y dejar de amar es independiente de nuestras voluntades. Libremente deben pues unirse hombres y mujeres, dejando el amor por árbitro de sus destinos y haciendo de él única y santa ley.

—¡El amor libre, entonces!—exclamó uno de esos burros humanos, serios y solemnes que se perecen por las frases hechas.

—El amor libre no. La libertad de amar, que es una cosa muy distinta—respondió Alberto, volviéndole la espalda.

No faltó quien llevara el resumen de las doctrinas del pintor a oídos de la familia de Ramírez. Condenados quedaron en la opinión de *Mérida augusta* aquellos dos locos, perdularios que a mayor prueba de maldad, no iban a misa y no se quitaban el sombrero al pasar por frente de la iglesia.

Y ellas, las dos jóvenes, objeto de tan rencoroso murmurar, ¿qué pensaban? No pensaban, se dejaban mecer en la amistad de los artistas

como en una onda suavísima de cordialidad y esperanza.

Dolores más tímida, más retraída, no daba expansión a su afecto. Julia prodigábalo en compañera inteligente y entusiasta del pintor y del músico.

¿Qué les importaba la murmuración de los otros? Ni se dieron cuenta cabal de ella.

Ni aún vieron como una tarde al pasar Julia y Dolores por frente al café, les volvieron la espalda todos los señoritos, mientras don Demetrio, el alcalde, decía por lo bajo, con malicia de sultán rufianesco.

—Dejarlas, hombre, dejarlas. Bueno es que alguno les enseñe el camino.



CAPITULO VI

LAS fiestas de *Mérina* son este año anzuelo de regocijo, donde prenden los inmediatos pueblos que acuden a ellas en bulliciosa procesión de mujeres y de hombres.

Razón hay para esto. Hicieron derroche los ediles y descontando en la provincia cinco o seis grandes poblaciones, ninguna otra romería igualó en programa a las de la aldea pescadora.

Puestas de perifollos y prendidas con toda la joyería familiar, andan por *Mérina* las ricachas presumiendo de lujo, echándose unas a otras en